

que fué á su casa á contarle lo que habia visto; y en fin que habiendo vivido veinte y un años, parió otro hijo, lo que prueba que tenia ántes alguno, circunstancia que ni se refiere de Papantzin, ni se concilia con la vida contemplativa y dada á la abstinencia en que se supone haber vivido. Mas lo que persuade hasta la evidencia que la persona de que aquí se trata no debe confundirse con Papantzin es que vivió veinte y un años despues de su resurreccion, y suponiéndose que la de la princesa se verificó en 1509, segun lo afirma Clavigero, se deduce que, si fueran una misma estas dos mugeres, el año de 1529 en que vino el P. Sahagun vivia aun la princesa; que debió por lo mismo conocerla, ó cuando ménos asistir á su entierro que harian los PP. franciscanos con la pompa correspondiente á su elevada clase, y á la celebridad de su nombre; ó cuando nada de esto hubiese sucedido, habria sin duda llegado á su noticia la singular historia que se le atribuye, y habria hecho mencion de la princesa en el pasage que se ha copiado. Mas para nada toma en boca el nombre de Papantzin, ni en él, ni en el cap. 6 del mismo libro, en que refiere muy circunstanciadamente las señales y pronósticos que hubo de la venida de los españoles diez años ántes de que llegaran, ni en el cap. 1.º de su *Historia de la conquista*, en que trata de esta misma materia. ¿Y no prueba todo esto que en tiempo del P. Sahagun, esto es, en mas de medio siglo corrido despues de la conquista, pues vivió como se ha dicho hasta el año de 1590, se ignoraba un suceso tan ruidoso?

Boturini en la pág. 27 del catálogo de su museo habla de esta resurreccion, pero la atribuye á una her-

mana de Catzontzin, rey de Michuacan: lo que manifiesta que el suceso es tan dudoso, que no están de acuerdo los escritores sobre la persona á quien aconteció, así como no lo están en otras circunstancias. En Boturini la resurreccion fue al cabo de cuatro dias, y á la sazón en que los españoles se hallaban sitiando á Méjico, sin que la princesa hubiera tenido vision alguna, pero sí el rey su hermano, á quien le pronosticó que el dia de la feria veria, como vió, por los aires á un mancebo con una luz en la una mano y una espada en la otra. Clavigero haciéndose cargo de este pasage desprecia la autoridad de Boturini, como de un escritor que adoptó muchas fábulas. Así debió en efecto sucederle, siendo extrangero; mas no habiendo fundamento para decir que él las inventase, se debe creer que la especie de que tratamos llegó á su noticia como él la refiere, y por consiguiente que no hay en la supuesta resurreccion aquella conformidad de testimonios que es necesaria para hacer creible un suceso tan prodigioso.

CAPITULO XIII.

Se indican otros sucesos referidos por los historiadores, como presagios de la ruina de los mejicanos. Nuevas expediciones de Moteuhzuma, y ereccion de un nuevo altar para los sacrificios.

Aunque nos hallamos muy distantes de dar crédito á todos los acontecimientos que se refieren como sucedidos por estos tiempos, y mucho mas de considerarlos como indicios de la próxima ruina del imperio meji-

cano, como lo hace el comun de los historiadores, nos ha parecido que debiamos indicarlos aquí brevemente, dejando al buen juicio de los lectores en libertad para que formen de ellos el concepto que merezcan.

Uno de ellos es el incendio de las torres del templo mayor, que en sí no tendria nada de extraordinario, porque eran de madera, si no se pretendiera revestir de otras circunstancias, pues se dice que se verificó en una noche serena, y sin que jamas se hubiera podido averiguar su causa. Este incendio tuvo lugar el año de 1510.

Antes de este accidente se dice que las aguas de la laguna se agitaron con tanta violencia, que arruinaron muchas casas de la ciudad, sin que precediera viento, terremoto, ú otra causa natural á que se pudiera atribuir este raro fenómeno.

Se supone tambien que el año siguiente al incendio aparecieron en el aire hombres armados que combatian entre sí y se mataban. Que se vió igualmente en el aire un gran pájaro con cabeza de hombre. Que traían á Moteuhzuma de diferentes partes monstruos de horrendas figuras, que en breve desaparecian de su presencia. Que cayó junto al templo mayor una gran columna de piedra, sin que se supiese de donde habia venido. Y dándose por sentado que todos estos eran presagios de la venida de los españoles, se quiere tambien que lo fuesen hasta los terremotos y otros fenómenos naturales, como las grandes lluvias, las tempestades &c.

Torquemada asegura que Nezahualpilli estaba tan impresionado de estos anuncios funestos, que habiéndose introducido en su palacio una liebre del campo que querian matar sus criados, se los prohibió diciéndoles

que de esta manera vendrian gentes extrañas, que penetrarian hasta el interior de Anáhuac, sin resistencia de sus moradores.

Moteuhzuma sin embargo parece que no hacia mucho caso de tales pronósticos, pues continuaba con el mismo ardor sus belicosas empresas, aunque algunos dicen que esto lo hacia para disipar las tristes ideas que aquellos le causaban. Así es que en el año de 1508 fueron muchas las expediciones que hicieron sus ejércitos; pero las principales fueron las de Tlaxcala, Huexotzinco, Atlixco, Icpactepec y Malinaltepec. Aunque en todas ellas triunfaron los mejicanos, haciendo mas de cinco mil prisioneros, perdieron algunos gefes de reputacion, particularmente en la de Atlixco, en la cual murieron cinco.

En los años siguientes hasta el de 1512 hizo guerra Moteuhzuma á los de Xochitepec, que habian sacudido el yugo; á los yopitzincas, que intentaron hacer lo mismo asesinando ántes á la guarnicion mejicana que habia en Tlacotepec, pero descubierta á tiempo la conjuracion fueron severamente castigados; á los de Tlachquiuhco, cuyo pueblo asolaron trayendo preso á su caudillo Malinal; á los de Nopallan, en donde murieron muchos mejicanos, entre ellos veinte gefes: á los huastecas de Quetzalapan, en donde perdieron tambien alguna gente; y en fin á los de Cihuapohualoyan y Cuezcomaixtlahuacan, habiendo destruido á los primeros, pues los segundos se les escaparon, y se hicieron fuertes en Quetzaltepec.

Mientras se hacian estas expediciones se celebraban en Méjico tres grandes fiestas, y se derramaba en abundancia la sangre de los prisioneros. Estas fiestas

fueron las de la dedicacion de los templos de Tlamateinco y Quaximalco, y el estreno del nuevo altar ó piedra para los sacrificios. La conduccion de esta piedra ha dado tambien motivo á algunos historiadores para tejer varias fabulas ridiculas, suponiendo que no se dejaba traer, y que á los que la conducian les repetia frecuentemente estas palabras: *No me lleveis*; que á cada paso se hacia mas pesada, y que al llegar á un puente dijo: *Hasta aquí no mas*, y se hundió en la acequia. Moteuhzuma dió orden de que la sacaran; mas no pudieron encontrarla sin embargo de su gran volumen, y fué á resultar al mismo lugar de donde la habian tomado.

Mas lo único que parece creíble es lo que asientan Clavigero y Torquemada, á saber, que pareciendo á Moteuhzuma demasiado pequeño el altar de los sacrificios, y poco correspondiente á la magnificencia del templo, mandó buscar una piedra de desmesurada grandeza, la cual fué hallada en Tenanitlan junto al pueblo de Coyohuacan. Despues de haberla hecho pulir y labrar primorosamente, mandó que se trajese á Méjico con gran solemnidad, á lo cual concurrieron muchas gentes de la comarca, haciendo por el camino sacrificios de varias clases, y otras supersticiosas ceremonias. Mas al pasar por un puente de madera, que habia en el barrio de Xoloco sobre la acequia que lo separaba de la ciudad, sin embargo de haberlo reforzado para aquel objeto, se rompieron las bigas con el enorme peso de la piedra, y cayó esta al agua, arrastrando á varias personas, entre ellas al gran sacerdote que la venia incensando. La sacaron de allí con bastante trabajo, y la llevaron al templo, donde se estrenó con el sacrificio

de todos los prisioneros que se habian reservado para esta fiesta. Dícese que en ella, y en la dedicacion de los dos templos arriba mencionados, se inmolaron doce mil doscientas diez víctimas. Moteuhzuma convocó para esta funcion á todos los magnates de los tres reinos, y gastó un tesoro inmenso en obsequiarlos, habiéndoles dado joyas y otros regalos, de cuya munificencia participaron tambien los que no eran nobles, pues á todos agasajó segun su esfera, dejándolos muy contentos.

Por estos tiempos se refiere que habiendo ido los recaudadores de Moteuhzuma á recoger los tributos de la provincia de Cuatlachtlán, no solo se negaron los habitantes á satisfacerlos, sino que se propasaron á insultar y dar muerte á los recaudadores. Se supone que este atentado lo cometieron, persuadidos de que el reinado de Moteuhzuma se hallaba próximo á su fin, y confiados por lo mismo en que quedaria impune; y aunque es probable que el monarca no dejaria de escarmentarlos como merecian, Torquemada dice que efectivamente no tomó providencia alguna por entónces. Es digno de risa lo que tambien refiere este historiador sobre el motivo que tuvieron los cuatlachtécas para creer tan cercano el fin del imperio de Moteuhzuma, y fué que unos hechiceros, de los muchos que habia entre ellos, vieron en el fondo de un pozo donde adivinaban lo futuro á unos hombres barbados, armados y montados á caballo, y que detras de ellos iban varios mejicanos, cargados con huacales y otros instrumentos de servicio. De aquí infirieron que aquellos hombres eran los que habian de avasallarlos dentro de muy breve tiempo.

Despues de las fiestas referidas hicieron los mejicanos una expedicion á las remotísimas provincias de Hon-

duras, Nicaragua y Vera Paz. Los habitantes de Nicaragua fueron los que mas resistencia hicieron; pues habiendo formado una division respetable con ayuda de los pueblos vecinos, salieron al encuentro de los mejicanos, y les enviaron sus embajadores intimándoles que se retirasen, y manifestándoles que estaban dispuestos á morir en defensa de su libertad. Los mejicanos, engreídos con su fortuna, despreciaron este aviso, y acometieron á los nicaraguas, los cuales hicieron una resistencia tan vigorosa que aquellos tuvieron que retroceder á los puestos que ántes ocupaban, dejando muchos muertos en el campo de batalla. Despues de este reves discurrieron el modo de conseguir con ardid lo que no habian podido lograr por medio de la fuerza; y fingiendo que querian vivir en paz con los nicaraguas, y que su único objeto era pasar por su territorio para continuar su expedicion á otras tierras, les pidieron bagages, pretextando que se hallaban escasos de gente, por los encuentros que habian tenido con ellos y los demas pueblos con quienes se habian visto en precision de combatir. Los nicaraguas sin sospechar cuales eran las intenciones de sus enemigos, les aprontaron una multitud de hombres para que les ayudasen á conducir las municiones de boca y guerra, y cuando los mejicanos los vieron debilitados con la falta de esta gente, despues de haberla despachado con la vanguardia, se echaron repentinamente sobre las poblaciones indefensas, cuyos moradores se hallaban muy descuidados, no esperando semejante perfidia. Dice Torquemada que de resultas de esta expedicion quedaron dichas provincias tributarias de Méjico; pero si esto es cierto, se debe creer que durarian muy poco tiempo bajo la dependencia de Mo-

teuhzuma; porque cuando vinieron los españoles no pertenecian al imperio, siendo muy probable que por la gran distancia á que se hallaban tuviesen mas facilidad que otros paises de substraerse á su dominacion.

CAPITULO XIV.

Muere Nezahualpilli rey de Aculhuacan, y su reino se divide. Ultimas expediciones de los mejicanos.

Cuarenta y cinco años habia que Nezahualpilli gobernaba sus estados en pacífica posesion, cuando, ó cansado del gobierno, ó conociendo que se acercaba su fin, dejó encargados del mando á dos de los príncipes, y se retiró á uno de los palacios que tenia en Tezcotzinco, en compañía de su favorita Xocotzin y de algunos criados, dando orden á sus hijos de que no saliesen de la corte, y que esperasen en ella sus ulteriores disposiciones. Seis meses permaneció allí entregado al ejercicio de la caza, y ocupándose de noche en la observación de las estrellas, para lo cual habia mandado construir en la azotea del palacio un pequeño observatorio, que se conservó muchos años despues de la venida de los españoles, y que alcanzó todavía Torquemada (1). Allí observaba el curso de los astros, y conferenciaba sobre sus dudas con los inteligentes en la astronomía, cuyo estudio fué tenido en mucho aprecio entre aque-

(1) Véase la descripción que hace de él en el cap. LXIV del lib. 2, tom. 1, pág. 188.